



Entre semana

EDMUNDO BERUMEN

La verdad, así lo decidió para él su ciclo diario, cualquiera de los días entre semana, inicia las primeras horas de la tarde, camino a comer en casa, uno de los lujos cotidianos que tiene el privilegio de gozar hace más de cuatro décadas, desde el año en que se casó en tierras tapatías, para de inmediato iniciar vida en pareja en calurosas tierras cachanillas, y que sigue disfrutando en la gran megalópolis de la ciudad de México, desde su regreso a principios de los años noventa, después de un lustro de trabajar en algún organismo internacional, donde disfrutaba los cinco meses del año que no andaba en aeropuertos y tierras exóticas (de África, Sudamérica, Europa, el Mediterráneo, el Caribe o Centroamérica), la oferta cultural, mundana y trivial de otra gran megalópolis, Nueva York. Divaga, otro lujo más frecuente en años recientes; divaga al manejar, al conversar, al caminar de prisa todas las noches los 5 o 7 km diarios (superando en mucho los 20 minutos recomendados por nuestro presidente, triunfo íntimo que diario disfruta) mientras escucha-ve-escucha noticiarios, “zapeando” durante los muchos comerciales que no atrapan su interés (se pregunta: “¿engañé al rating del comercial?”), camina-ve-escucha-divaga. Curioso, mientras divaga se tropieza con soluciones a problemas del trabajo, o con argumentos nuevos para discusiones no agotadas con amigos o clientes, notas mentales a comentar con los hijos, los nietos; arreglos fáciles a problemas postergados de casa (vivienda), del hogar, de familia extendida, algunos personales, sólo suyos. En el trayecto a comer o en las divagaciones decide cuáles temas no tienen solución y por tanto no son problemas, es lastre a tirar (“¿quién me enseñó eso hace muchos años?”, se pregunta), sabia lección que lo ha liberado de cargar pesos muertos que cotidianamente ve en hombros de otros. Divaga mientras duerme, mientras lee, mientras escribe, ¡qué gran lujo!



Pues sí, camino a comer en casa, se pregunta: “¿qué delicias caseras me sorprenderán hoy?, ¿soñaré durante la siesta integrada con cronómetro biológico de exactitud asombrosa de 20 minutos o sólo dormiré de forma placentera para luego levantarme en automático, fresco como lechuga, para poner en marcha las soluciones a pendientes mañaneros, hijas de siestas y divagaciones de tardes nubladas, quizá de lluvia arrulladora, tráficos lentos con bocinazos, enfrenones con derrapados, alcances leves, otros más graves, alguna presa fugaz que atrapa en sus aguas a osados marinos en barcas equivocadas de cuatro ruedas.” Escucha-ve-maneja-esquiva-escucha, “zapea”, llega al destino.

Lo recibe el anticipado beso y abrazo cariñoso, que pasa de inmediato al “¿cómo estás, cómo te fue, qué hay de nuevo?... Mmmh, qué rico huele, ¿qué me preparaste hoy? Frijolitos chinitos con queso Cotija y totopos; sopa de fideos con frijolitos de olla; rajitas de poblano con granitos de elote y crema; arroz a la mexicana con chicharitos, zanahorias y ejotes; calabacitas rellenas de picadillo en salsa de tomate; tortillas tostadas al comal y agua de jamaica. ¡Qué bárbara, Reina, ya me agregaste dos kilómetros para la noche! ¿Qué te sirvo? Pues primero la sopa de fideos, y después poquito de todo en el mismo plato, ya sabes que me gusta mezclar.” Otro cotidiano placer-lujo ante tan variado menú de entre semana.

“Pues mira Reina, la oficina bien, todos ocupados, con los tumbos y saltos usuales de proyectos en curso, nuevos prospectos interesantes, aunque ya sabes, la mayoría terminarán en trivialidades comunes, en el mejor de los casos, o resultados inútiles en otros, derrotados por el todopoderoso proceso de licitación que va en contra de todo lo creativo, todo lo que sea robusto metodológicamente, todo lo que signifique mejor calidad; y saldrá vencedora una vez más la desmemoria regulada y obligatoria que borra por igual malas y



buenas experiencias, premiando nuevamente a los supuestos ahorros ofertados en propuestas que prometen cumplir a secas lo requerido con recursos claramente insuficientes para hacerlo; ...sí, siguen sin entender lo que es una propuesta *solvente*. También nos invitaron a varias tandas del juego favorito de 'cuánto estiman costaría...', ya sabes, los famosos sondeos/mercadeos para prever presupuestos de próximos estudios (¿te acuerdas de aquel programa que veíamos, "The price is right?", entonces nos divertía); pues volví a jugarlas divirtiéndome:

"...pues lo mismo que la vez anterior que recién hicieron el año pasado o hace dos años, aplíquenle el IPC correspondiente".

"No señor, necesitamos que usted lo presente."

"Ah, volvieron a perder el expediente."

"No señor, lo tenemos, pero el procedimiento así lo exige."

"Bueno, pues no cuelgue ahora mismo le contesto, tenga listo el lápiz y papel."

"No señor, necesitamos que nos lo envíe al menos por correo electrónico, si es en papel membretado mejor."

"No se preocupe, colgando le contesto antes de que pasen dos minutos, a la dirección de correo del remitente que me envió las especificaciones y le marco copia a usted. ¿le parece?..".

"Y antes de un minuto, en un par de líneas les afirmo que todo lo que piden, al nivel de calidad que suelen requerir/comprar, se puede hacer a una décima parte de lo que pagaron la última vez, lo cuál no sólo es real, está sobrado para esa calidad, y por supuesto, cuando salga no participaremos en la licitación prevista."

"Oye, camino a casa me enteré de la entidad que le tocó aportar la última docena de decapitados, adicional a la docena y media de ayer; qué curioso verdad (divaga), que se cuenten en docenas, ¿será porque tienen algo de origen sajón?, creo que fue en Yucatán (por cierto, cuándo vuelves a preparar panuchitos con curtido de cebollas moradas o cohinilla pibil; ...pasado mañana, perfecto); también dieron el número de bajas de los 'buenos', por corporación local, estatal y federal. Pobres diablos, los unos y los otros, terminaron su vida andando veredas de uno de tantos caminos que nuestro querido México tiene hace mucho tiempo para arribar al mismo lugar: un fin violento, irracional, sin excusa

ni pretexto que valga. Ah, y están enredados en una discusión sobre el parámetro que defina lo que es el 'narcomenudeo' y lo que un 'usuario registrado' puede portar consigo; ¿te imaginas lo que cualquier decisión provocará?

"Tuve un par de citas con clientes, en una dieron sugerencias interesantes para ajustar procedimientos que agregarían resultados adicionales relevantes, pero ya sabes con cero incremento en costos o tiempos para concluir. ¡Imposible! Me tomó hora y media reconocerles ampliamente lo bueno de su idea para luego convencerlos de que se dejase para una siguiente fase, después de digerir cabalmente lo que ya está en curso y que en sentido alguno es poco o irrelevante. La otra cita fue un intento perdido más, culpa mía lo reconozco, de educar a un joven ejecutivo en la diferencia que existe entre los conceptos de texto y los compromisos requeridos

para aterrizarlos en definiciones operativas susceptibles de mediciones. Tengo que encontrar argumentos en lenguaje menos técnico, más coloquial, pues estas batallas se presentan un día sí y otro también. Además, el tiempo que plantean para terminar el proyecto, nueve semanas ya con el fin de año encima, es poco razonable, en particular dado todo lo que esperan del proyecto. ¿Por qué frecuentemente en México tenemos que actuar como si el mundo se acabase en tres meses? ¿No sería mejor un plan bien meditado, aunque su elaboración tardase tres años? ¿No podría haberse planteado la necesidad de este proyecto hace tres años? Perdón por el choro, Reina; no, no te lo pregunto a ti, son retóricas; sí, sí, otra vez divago."

"¿Más frijolitos chinitos? Bueno, otro poquito, sólo suficiente para un totopo más. ¿A qué nietas (os) o hijas viste o hablaste? ¿Cómo que a ninguna(o)? Claro, Santa Fe mata familia, ¿no? Es vacile, Reina, ya sabía que tenías compras y pagos que hacer, ¿cuánto me ahorraste ahora con las baratas? Uuuffff, ya no me ahorres tanto."

"Bien, todo muy rico, como siempre. Gracias, se quedan en su casa, y compermisito pero subo a escuchar lo que alcance del noticiero antes de irme."

Se pueden ver sonrisas y risitas cómplices de la venidera siesta.

Durante un rato, como un lejano eco, algo escucha-entrevé-divaga, para pasar, sin sentirlo, a dormir-soñar-divagar-escuchar a distancia, y de





pronto se le abren los ojos y como resorte se levanta exactamente 20 minutos después. ¡Maravilla biológica! Regalo inmemorial que diario le obsequia algún ángel benévolo.

Se lava los dientes, la cara, siguen los despidos con besos y buenos deseos para las actividades conyugales de la tarde: “¿más ahorros en Santa Fe?, ¿cafecito con amigas?, ¿visita a las hijas-nietas (os)?” y retorna a la oficina. Maneja-divaga-escucha-recuerda.

¿Que por qué no usa chofer? Nunca lo ha usado, ni ahora ni cuando sustentó algún puesto público; sólo se le conocen casos de excepción cuando no había o era tardado el encontrar estacionamiento cercano al domicilio de alguna cita. Nunca porque le brindara algún sentido de seguridad incrementada, como arguyen muchos amigos y conocidos suyos. Terco, contesta a llamados a la prudencia: “Quizá tengan razón, pero yo no la percibo y juzgo no necesitarla. Tomo mis precauciones, lo hago en automático, sin que interfieran con mis queridas divagaciones. Además, tener alguien esperando fuera de casa, de alguna cita o reunión, me da una sensación de desperdicio y abuso que no puedo evitar; seguramente en la oficina hay algo más útil que puedan hacer.” Que si lo hace porque le gusta manejar. ¡Qué va, lo aborrece, no le gusta! Pero maneja.

Recuerda, se repite, modifica y afina mentalmente las soluciones a transmitir en cuanto llegue a su oficina; todo mientras escucha-maneja-divaga. Cuando algo lo saca de ritmo le sube el volumen al radio, pone mayor atención, decide si guarda un registro mental o lo deshecha en automático. Y vuelve a tomar su ritmo de manejar-escuchar-divagar-recordar-correr.

Como eco recuerda o escucha, no distingue, alguna aseveración, como por ejemplo “lo que exijo de mis colaboradores es ante todo lealtad”. Recuerda que alguna vez lo escuchó al ser nombrado en un puesto, y que con atrevimiento que lo sorprendió respondió: “Lealtad señor, sí, pero a México ante todo”, ¡y le confirmaron el puesto! Otro eco lo hace reparar en los aumentos graduales a la gasolina; curioso, divaga, “se dan cuando los precios del barril de petróleo van a la baja y no al alza, en contrasentido usual a otros países en donde ahora éstos bajan; alguna lógica debe haber, pero se me escapa...” Y en otros contrasentidos divaga

más; como en las notas y escasos comerciales que logran atraparlo y que discursan desde hace lustros, décadas, sobre la ineficiencia de Pemex; su mente juega e intercambia siglas y sustituye Pemex por Hacienda, SHCP, y ahora SAT (¿cuándo se fue o se dejó de usar Lolita?), y todo el contexto le hace mayor sentido, resume y sentencia: “la ineficiencia del SAT se cobra saqueando a Pemex desde tiempo inmemorial”. Y se incluye en los culpables, “yo debería pagar mayores impuestos, cavila, sobre todo locales, es ridículo pagar prediales claramente insuficientes para esperar buenos servicios locales a cambio, aún dejando de lado los ancestrales problemas de corrupción.” Maneja-escucha-divaga-recuerda-almacena-desecha-accessa-corrige-vuelve a guardar.

Llega y pregunta al entrar si tuvo llamadas, de quién y si dejaron algún mensaje, sube a su oficina, escribe y envía correos con instrucciones o preguntas hasta vaciar el saco de divagaciones; en ocasiones cita a reunión en media hora, justo el tiempo que juzga suficiente para contestar llamadas, leer correos electrónicos, turnarlos a quien corresponda o dar respuesta inmediata y puntual, para luego pasar a hojear-leer la correspondencia impresa.

Ya en junta exige síntesis de cada área, chancea con divagaciones convertidas en preguntas, cuestiona alguna decisión imaginando escenarios adversos nunca imaginados por otros presentes (otro divertimento que practica de manera cotidiana para el enfado de su atrapada audiencia). Pide minuta y libera una mezcla de caras angustiadas, enfadadas, inexpresivas y algunas iluminadas.

Revisa, comenta, complementa, corrige o escribe algún informe. En ocasiones sale para asistir a alguna reunión, lucha por no interrumpir cada que escucha algo fuera de lugar, según su muy cuestionable opinión, hasta que su esfuerzo se agota y finalmente expresa algo inteligible para él, que le basta para permanecer contenido otro buen rato e iniciar sus divagaciones en silencio en tanto algún eco no lo vuelve a meter en la discusión.

Vuelta a casa, maneja-escucha-zapea-divaga-esquiva-recuerda-corrige-almacena-desecha-maneja. Otro eco lo interrumpe “... por lo que establece un premio para el ciudadano que identifique el trámite más inútil”. No lo puede creer, sube el volumen y ratifica en el detalle de la nota lo escuchado. El





propio gobierno federal es la fuente de la nota. Sí, el gobierno federal reconoce de manera explícita que tiene varios trámites inútiles, no sólo eso, clama a nivel nacional que 68 millones de mexicanos de 18 o más años de edad le ayuden a localizarlos. Uno de ellos recibirá cientos de miles de pesos por haber ubicado al más inútil. Sólo en México, piensa, acelera un poco pues tiene ansias de cotejar con su Reina si también lo escuchó. Llega al hogar.

Nuevamente lo recibe el anticipado beso y abrazo cariñoso, que vuelve a pasar de inmediato al “¿cómo estás, cómo te fue, qué hay de nuevo?” Ya no detecta, ni lo esperaba, algún sabroso aroma; sabe que dentro de 80 minutos, después de abatir nuevamente la marca presidencial y ducharse, lo único que le espera es un plato con grandes cuadros de sandía fría (caprichoso gusto) o rebanadas de manzana al tiempo con unas gotas de limón y algunos granitos de sal. Su Reina sabe que la respuesta al saludo tendrá que esperar a que pase el rito nocturno y esté duchado y fresco.

Mientras camina rápido, seguro de volver a superar la meta presidencial, escucha-vezapea-divaga-empieza a sudar-ve-escucha. Nada nuevo, réplicas de ecos de las horas tempranas de la tarde.

“Lo escuchaste Reina, ¿increíble no? Imagínate, tú, yo y otros 68 millones de mexicanos buscando el trámite más inútil. Sí, lo oí, y no empieces con tus increíbles; ¿qué no te quejas a diario de lo engorroso de las licitaciones?, ¿qué no me dices un día sí y otro también que acabas de entregar la enésima copia del acta constitutiva a la misma dependencia, matando de paso ramas y árboles completos, causando la compra de más archiveros y la renta de más espacio? Pues anda, escríbelo, ése o cualquiera de los otros que tanto te quejas. Y no me vendrían nada mal los pesitos eh, fíjate que están de barata en...”



Y de los ecos noticiosos pasan a los familiares, los íntimos, los gozosos, éstos ya en el plácido confort del lecho, aderezados con abrazos y cariños.

Encienden un somnífero eficaz; mientras la conversación sigue, él zapea continuamente, llegan sigilosos el letargo y la modorra, apagan luces, apagan el somnífero y entre susurros-divagaciones-acomodos-reacomodos-divagaciones-visiones-sueñossssssss.

Sin orden alguna los ojos se abren, la cabeza voltea hacia el reloj, la hora exige decisiones: intentar un reacomodo eficaz que retome algún grado de letargo, cuidadoso para no perturbar, o levantarse y salir a leer un poco el libro inacabado, o pasar al baño y regresar, o de plano levantarse ya.

Descansado, bañado, desayunado, se despide y maneja-escucha-divaga-zapea-recuerda-desecha-corrige-archiva-escucha-zapea-maneja. Lo distrae el eco de algún nuevo *ranking*, ya del país estancado o cayendo a peor lugar, ya de las entidades federativas; sabe que más tarde la nota y los movimientos causarán reacciones críticas y descalificaciones de los mal ubicados y autoelogios de los “favorecidos”. Otro eco le restringe discusiones sobre la partidización de los institutos electorales. Llega al destino.

La oficina le espera casi vacía, son momentos preciosos que milagrosamente alargan los minutos y segundos, que aprovecha para tirar o leer correos nocturnos, contestar u originar otros; repasar la agenda del día, decidir si está preparado para todas las reuniones o debe en esos momentos preciosos repasar los temas de algunas. Termina sin que su teléfono timbre ni lleguen nuevos correos. En el tiempo que le sobra se pregunta “¿Así que el trámite más inútil, eh?”

Y así cualquier lunes, martes, miércoles, jueves o viernes. ¿Y los fines de semana? Ah, eso es otra historia.

